



Revista Venezolana de Orientación

APARTADO 628
CARACAS

AÑO 24 - No. 235
MAYO 1961

El mundo entero y de manera especial la América Latina tiene concentrada su atención en los sucesos trágicos de Cuba. Constituyen sin duda un ejemplo espectacular, una lección y una amenaza. Recoger esa lección y formular unas cuantas conclusiones claras, en medio de la algarabía reporteril de estos días, es el objetivo de este artículo.

En primer lugar debe quedar claro que Cuba vive una guerra civil, y no una intervención extranjera. A Estados Unidos le hubiera bastado un zarpazo para desbaratar el minúsculo imperio de Fidel Castro. El gesto desesperado de la invasión de Las Playas ha sido organizado y realizado por un puñado de patriotas cubanos. Mucho más grave que la colaboración de simpatía, prestado por Estados Unidos, es la invasión de Cuba por tanques, aviones y técnicos del mundo socialista. Más de cien mil cubanos están en el destierro. Los primeros emigrados fueron del equipo del dictador Batista. Pero desde fines del 1959 hombres de la clase media y profesional, hasta amigos íntimos e insignes colaboradores de Fidel Castro han tomado el camino del destierro. Son ellos los que han dado su dinero y su heroica contribución personal y están dispuestos a dar su sangre, para salvar la revolución del 26 de Julio.

Y esta es la segunda idea fundamental que queremos poner de relieve. Los invasores de Las Playas no son reaccionarios burgueses, ni vendepatrias al servicio del imperialismo. Vienen a rescatar la revolución traicionada por Fidel y entregada al imperialismo soviético. Al lado del Fidel Castro figuran hoy Blas Roca, Marinello y Rafael Rodríguez, prominentes comunistas que ayer colaboraron ostentosamente con Batista.

Los patriotas cubanos parten de un hecho que nadie en el mundo puede hoy poner en duda. El régimen de Fidel Castro se ha convertido en dictadura soviética, en manifiesta e inhumana tiranía. La rebelión patriota es, en consecuencia, absolutamente legítima. Si nosotros exaltábamos, hace poco más de treinta años, como héroes legendarios a los estudiantes rebeldes de 1928 y a los ilusos invasores del Flandre, sería paradójico negarles tributo de admiración a los patriotas cubanos desembarcados en Las Playas. Hemos exaltado a Fidel Castro en su lucha contra Batista. Hemos colaborado con emoción con los valientes de la clandestinidad contra Pérez Jiménez.

Pero la rebelión legítima va condicionada a una importante circunstancia; el que tenga probabilidades de éxito. Y esta circunstancia debe ser muy atendida. Porque es psicología común de los conspiradores de todos los tiempos y de todas las latitudes del mundo —valga el ejemplo reciente de los militares franceses rebeldes en Argel— el contagiarse en sus conciliábulos de mutuas esperanzas y sospechas e ir las transformando en supuestas realidades: disminuir el poder y la popularidad del adversario y terminar soñando que el pronunciamiento va a sonar en la patria a resurrección nacional. Recordemos a Miranda en Ocumare de la Costa en 1806.

La fácil victoria de Fidel Castro en el campo de batalla y los métodos de represión que la acompañaron y subsiguieron son un argumento más de la exacta asimilación de los métodos comunistas en Cuba. Faltan alimentos pero hay abundancia de armas, tanques y aviones. Poco importa la persona humana, el individuo; el interés se concentra, con perfecta mentalidad totalitaria, en el Estado. A un ejército elefantiaco, corresponde una policía y

América Latina ante
la tragedia cubana

una organización de espías y delatores con idéntico calco de la checa rusa. Decenas de millares de simples ciudadanos han sido delatados, presos y hacinados en hoteles, campos de deportes y edificios oficializados. Poco importa el hambre, la desesperación, el vejamen salvaje de esos millares de seres humanos, de los que necesariamente muchos han de ser inocentes. La revolución va a ser anegada en sangre. La fatídica expresión de paredón, que se ha enseñado a repetir a nuestros escolares por maestros criminales, cobra ahora a los ojos asombrados del mundo su trágico significado.

Nuestros extremistas siguen anunciándonos la inminencia de la revolución popular en Venezuela y un paraíso socialista, como el de Cuba. Asombra la tranquilidad con que el amigo camarada nos afirma: Lamentablemente Ud. será el primero que yo mismo tendré que llevar al paredón; y acto continuo reclama las garantías y habla de democracia y libertad. ¿Hay libertad, hay prensa, radio y televisión libre, elecciones libres, sindicatos libres, manifestaciones populares libres en Rusia, en Hungría, en China o en Cuba? Si en Cuba puede y debe llevarse al paredón a los enemigos políticos de Fidel Castro, no pueden llevarse al paredón los enemigos políticos de Betancourt? ¡Con qué derecho reclaman los comunistas venezolanos la libertad de los presos políticos? Evidentemente luchamos con armas diferentes.

De estas consideraciones se deducen dos graves reflexiones: la absurda lenidad de los países democráticos ante la propaganda comunista, sobre todo en los centros de educación, y la inhibición suicida de los gobiernos latinoamericanos ante el problema cubano. Muy cómodamente se quiere dejar toda la iniciativa a los Estados Unidos.

Son de enorme gravedad los acontecimientos de Cuba. Cuba socializada ante los bigotes del gigante norteamericano es la réplica del comunismo por Formosa, colocada en los hocicos del monstruo chino. Por otra parte, a pesar de los atropellos irritantes a sus súbditos y a sus bienes, Estados Unidos no interviene en Cuba.

Cuba no constituye sin duda una amenaza militar para los Estados Unidos: pero sí una amenaza de infección para la América Latina.

América Latina tiene la palabra.

M. A. E.

Setenta años de la "Rerum Novarum"

El próximo 15 de Mayo se cumplen setenta años de la promulgación de la Encíclica Rerum Novarum, por el ilustre Pontífice León XIII. El mundo la conoce por el nombre de la Carta Magna de los Obreros. Se ha escrito más de una vez que constituye uno de los monumentos más importantes de la Iglesia desde el Concilio Tridentino.

A los cuarenta años de su promulgación escribía Pío XI la Quadragesimo Anno, segunda de las grandes Encíclicas sociales. A los cincuenta años dirigió Pío XII un discurso radiado, donde se formulaba por vez primera por labios del Pontífice la fecunda doctrina del fin primariamente social de los bienes de la tierra. Para los setenta años del acontecimiento se espera una nueva Encíclica social de nuestro Santo Padre Juan XXIII. Con razón concluye C. van Gestel que la Rerum Novarum "es un punto de llegada y un punto de partida".

"Un punto de llegada", porque la Rerum Novarum vino como un fruto maduro de los grandes sociólogos católicos del siglo XIX.

En ninguna época de su historia olvidó la Iglesia de Cristo la causa de los pobres, predilectos del Maestro. Las Encíclicas sociales de los Pontífices no son más que la actualización de la doctrina de Cristo al moderno problema social. La doctrina, dos veces milenaria, predicada por Cristo es una doctrina de justicia y amor. Fué ella la que, acomodándose en cada coyuntura histórica a los problemas del momento, venció la concepción pagana de la vida del mundo grecorromano; la que mitigó y gradualmente hizo desaparecer la esclavitud; fundó la beneficencia pública; presidió el nacimiento y la organización de los gremios y corporaciones de la Edad Media; salvó en los monasterios benedictinos la cultura de la antigüedad clásica; civilizó a los pueblos invasores de Europa; fundó las